

EMILIO ZOLA.

---

## EMILIO ZOLA.

---

Nació el 2 de Abril de 1840, y está por consiguiente en toda la fuerza de la vida y en pleno vigor de su inteligencia.

Sus principios fueron difíciles: sin aptitudes para la fantasía periodística, desdeñando la crónica, abominando el teatro fácil y sin enseñanza, tuvo necesidad de vivir entre penosos y oscuros trabajos de literatura, y la miseria. ¡Demasiado conoció el Monte de Piedad!

Más tarde fué empleado de corto sueldo en la casa editorial de Hachette, y entonces publicó su primera novela, *Los misterios de Marsella*, título que revela el género de la obra.

En 1864 escribió los *Cuentos á Ninón*, y sucesivamente *El voto de una muerta* y *La confesión de Claudio* (1865), *Teresa Raquin* (1867), *Magdalena Férat*

(1868), libros que fueron después eclipsados por los *Rougon Macquart*, en los que aparecieron las ideas y aspiraciones del verdadero Zola, su observación psicofisiológica, su intrepidez en el análisis de las miserias humanas, su creencia en el *determinismo* de los medios y en la fatalidad de las influencias hereditarias.

Y sin embargo, todas esas obras tuvieron al principio un éxito mediano, fueron poco leídas: hoy parece mentira que los primeros volúmenes de la serie de los *Rougon*, titulados *La fortuna de los Rougon*, *La canalla (La Curée)*, *El vientre de París*, *La conquista de Plassans* (tan notable por muchos conceptos en el carácter de estudios á lo Balzac), y *La caída del padre Mouret*, con sus asperezas de estilo y sus arranques de poesía materialista, pasaran sin ser apenas notadas entre el fárrago inmenso de las publicaciones parisienses.

Pero el brillante escándalo del *Assommoir* resonó con eco estentóreo en toda la sociedad francesa, y bien pronto aquellas obras tuvieron un éxito retrospectivo incomparable, y fueron traducidas en todos los idiomas de la vieja Europa.

Zola fué proclamado pontífice del *naturalismo*, zaherido por unos, glorificado por otros, y sus últi-

mos libros, tales como *Germinal* y *La Tierra*, son todavía objeto de ruda controversia entre los adeptos y los adversarios de aquella escuela.



Nuestros suscritores leerán con agrado el brillante estudio titulado *Zola íntimo*, que Mr. Henry Ceard ha publicado en la *Revue Illustrée*, de París.

Medan, á distancia igual de Poissy y de Triel, es una antigua residencia señorial, que desde el siglo IX hasta el presente poseyeron sin interrupción los parisienses: en una de las islas que existen enfrente de Medan tiene Emilio Zola su casa, y tal vez algún día el autor de LA ALEGRÍA DE VIVIR instalará allí el busto de Juan Broison, que fué en su tiempo el Mecenaz de los escritores, y que murió pobre por los gastos hechos para protegerlos.

Emilio Zola construyó en Medan una casita, modesta al principio, y aumentada en cada año con el afortunado éxito de sus libros, en la cual ha escrito la mejor parte de su obra literaria, aquella donde se revela un individuo que París no conoce todavía, á despecho de diez años de notoriedad.

Porque hay varios Zola, de igual manera que sus retratos fotográficos, ejecutados en diversas épocas,

le representan con fisonomía variable: se conoce al Zola armado en guerra para las polémicas periodísticas, y se conoce al Zola defensivo y reservado de las primeras representaciones y de los banquetes públicos; pero todo el mundo ignora lo que es Zola en su casa, el Zola retirado de las batallas teóricas, el Zola libre de las convencionales trabas de la sociedad, el Zola que habla espontáneamente, que deja sonreír á su fantasía y desahogarse á su corazón.

Preguntad á Goncourt, preguntad á Daudet, preguntad á todos los que le han visto en Medan, y entonces sabréis cuántas apreciaciones de París sobre Zola son absolutamente falsas, lejos de las hipocresías galantes, de las mesas de café, de las redacciones de los periódicos, y en medio de la franqueza expansiva de la amistad y de la independencia del campo.

Sí; es elocuente cuando refiere sin amargura los negros días de su juventud, llena de miseria y de esperanzas, y es espiritual cuando cuenta los acontecimientos de 1870, cuya tragicomedia de lástimas presencié en Marsella y en Burdeos; es elocuente y espiritual á la vez cuando juzga los hechos y aprecia en su justo valor á los hombres, con una sinceridad insinuante y áspera, como regañona, que hace

pensar en lo cómico y al mismo tiempo cruel de ciertos personajes de Molière y en la maquiavélica y sonriente burla del padre Grandet, de Balzac.

Solitario, hambriento de soledad, el examen detenido de sus libros nos le muestra casi dichoso de «ver cómo concluye el mundo á la puerta de su jardín»; después se le oye lamentarse dulcemente de la falta de cohesión amistosa de la literatura actual, y deplorar la «fraternidad batalladora» (en su estudio sobre Jorge Sand) de los escritores del romanticismo naciente; contemplativo otras veces, pedirá «á la madre naturaleza que le acoja y le guarde», y al mismo tiempo, en su antinómica ALEGRÍA DE VIVIR, y por boca de su Lázaro, repitiendo á Shopenhauer y Hartmann, lanzará un grito de suprema desolación sobre los incesantes dolores del mundo, y proclamará con sufrimientos y lágrimas la irrefutable confesión de la inutilidad de todo.

Sí; pero se le encuentra además agitándose y hablando con los dominadores de las sociedades y de las circunstancias: es él, es su voluntad inflexible de vencer á la nada, es su creencia en la fuerza, es su *Credo* en «el poder de la vida», es todo esto lo que resalta en sus Sacard, en sus Rougon, en sus Mouret, en sus Faujas, que llevan consigo á todas partes,

donde quiera que entran, á las oficinas, á los ministerios, á los almacenes, á la sacristía, un programa idéntico: ¡conquistar!

¡El trabajo! Consultad los catálogos, y ellos demostrarán en su persuasiva y precisa elocuencia con cuánta asiduidad le practica Emilio Zola; y aun los catálogos son incompletos, porque no dan sino informe aproximado de los innumerables escritos que Zola desdeña recopilar, su colaboración frecuentísima en el *Progrès de Lyon*, en el *Corsaire*, en la *Cloche*, en el *Figaro*, en el *Gaulois*, en la *Vie Parisienne*, en la *Tribune*, en la *Sémaphore de Marseille*, en la *Constitution*, en el *Avenir National*, en el *Rappel*..... ¡más de sesenta volúmenes!

.....  
La originalidad hoy consiste en decir cómo Zola descansa.

Concluida su tarea y terminado el almuerzo, se le ve todos los días vigilando á los obreros de sus construcciones siempre comenzadas (porque tiene gran satisfacción en concluir una para pensar en edificar otra), y paseando entre el rechinar de las sierras, el ruido de los martillos, el eco sonoro de los albañiles y los pintores en sus andamios y escaleras, como si fuera la silueta de un arquitecto campesino.

Los planos de las obras son hechos por él mismo, que siente un placer singular en la adición no interrumpida de nuevos pabellones á la pequeña casa donde se limitaban en otros días sus ambiciones de propietario.

Y en esto cede indudablemente á alguna predisposición hereditaria: sin duda sufre la influencia fisiológica de su padre, constructor de canales y gran obrero de proyectos sobre puentes y caminos; y tal vez comprueba él mismo, aunque no lo sospeche, las teorías de su doctor Lucas y el sistema sobre el cual ha construido toda la serie de los Rougon-Maquart, cuando, preguntado por un amigo íntimo acerca de sus gustos hacia los materiales de albañilería y las andamiadas de edificación, contestóle que «amaba mucho hacer de ingeniero».

Acabadas las obras de fábrica, preocupanle enseguida las del interior, y entonces empieza sus pesquisas para encontrar ricas tapicerías, buenos muebles y artísticos *bibelots*, en cuya elección revela su gusto por lo majestuoso, lo decorativo y lo *confortable*; y ¡cosa rara! el romanticismo tan combatido en las letras, y del cual no se ha librado enteramente, según él declara, reaparece como vencedor en su mobiliario.

El claro sol atravesando por los vidrios heráldicos de las ventanas de su casa, ilumina preciosos muebles estilo Luis XVI y muebles indios, armaduras de la Edad Media y *Kahmonos* japoneses, gabinetes venecianos incrustados de marfil y oro y sillerías de resplandecientes sedas modernas; flores de todos los climas y de todas las estaciones confunden allí sus matices, sus perfumes y sus paradógicas estructuras; instrumentos raros contribuyen también á la decoración, ya un *gong* japonés, mandolinas italianas, un piano, un órgano, y si las representaciones de ópera encuentran en él un oyente á cada instante impresionado en lo más sensible de su lógica, la música misma, la música por su lúcida complicación y su sabia arquitectura, le interesa y le atrae.

En efecto; siente indefinible y estrecha correspondencia en la construcción de las sinfonías, tales como las escribieron los grandes maestros, con sus procedimientos literarios, y en sus libros, la repetición obstinada de epítetos especiales, característicos del asunto, y la repetición de finales de frases, las mismas siempre, afectan incontrastable semejanza con el *leit motiv* familiar á las composiciones de Ricardo Wagner, de Wagner, á quien él sostenía y alentaba con sus aplausos en la época de los primeros silbidos

y las primeras batallas al maestro, y que todavía le seduce en su retiro por la magistral amplitud de sus desarrollos armónicos, aun quebrantados por el órgano y debilitados por la inevitable sequedad de una ejecución al piano.

Y este silencioso taciturno en París, es un hablador, un gran *causeur* en Medan: dejad que se despierte en el mullido sofá donde, encorvado y con los puños cerrados, duerme la siesta, como buen hijo del Mediodía, y allí, tendido durante largas horas, é invitando á los que le visitan á echarse como él, como si quisiera compensar la pereza del cuerpo con la actividad del espíritu, surgen conversaciones que se relacionan con todo, de las cuales, con una sagacidad maravillosa, excepcional, extrae un detalle, un perfil, una enseñanza.

No abandonando nada al acaso, ni en su palabra, ni en su pluma, con un movimiento familiar, apoyando los dedos de la mano derecha en la palma de la izquierda abierta, dispone metódicamente, casi materialmente, su argumentación y la sigue por todas sus partes sin dejarla un punto, como un jugador de ajedrez sigue atento á todas las piezas del tablero.

Con progresión continua, con delicadeza de estilo

y singular diplomacia de expresiones, infunde sus propias ideas en los espíritus más recalcitrantes y peor dispuestos á recibirlas y acogerlas.

.....

¿Y sensible? Sí: ese escritor cuyas frases no han retrocedido nunca delante de la más ruda realidad, ese polemista que aplasta cruelmente á sus adversarios, es sentimental, tiene un corazón de generosos sentimientos.

Leyónos un día, á Huysmans y á mí, su estudio sobre el pobre Gustavo Flaubert.

Sacó del cajoncito de un mueble holandés un manuscrito que no era de su letra, y nos dijo:

—Lo ha copiado mi madre... Ella adora la escritura, sólo que algunas veces pone las palabras unas sobre otras, y eso no es muy cómodo para el que lee....

La primera parte del estudio es una reseña de los funerales de Flaubert: leyó al principio con lentitud, con pesada calma, y luego, á medida que los detalles se precisaban, su palabra era vibrante y entrecortada; á la llegada del cadáver á Rouen, temblaba; en el camino de Croisset, apenas se le oía; cuando el féretro subía por la cuesta de Cauteleu, y las frases daban cuenta de la conmovedora impre-

sión experimentada por las gentes que fueron de París, ante el cadáver de Flaubert, él rompió en sollozos y continuó llorando en silencio.

Y dándome el manuscrito, dijo:

—Tomad, seguid leyendo.

Y mientras yo leía, él permaneció con la mano en los ojos, disimulando sus lágrimas, entregado en absoluto al dolor que le agitaba, en su obra literaria, en su ternura de amigo, en su persona de meridional refractario á la idea de la muerte y asombrado de la vaguedad de la nada.

Allí, en Medan, se encuentra á Emilio Zola en la plenitud de sus elocuencias, de sus ironías, de sus ternuras; Medan le esconde en medio de espeso follaje y en la antigüedad de su historia.

Tal es el Zola íntimo, el Zola que yo he querido dar á conocer, el Zola que cumple allí su magnífica divisa: *Nulla dies sine linea*.

¿Destruirán acaso estas notas rápidamente bosquejadas la falsa figura que la leyenda, con gran escrúpulo de inexactitud, ha dado del insigne novelista?

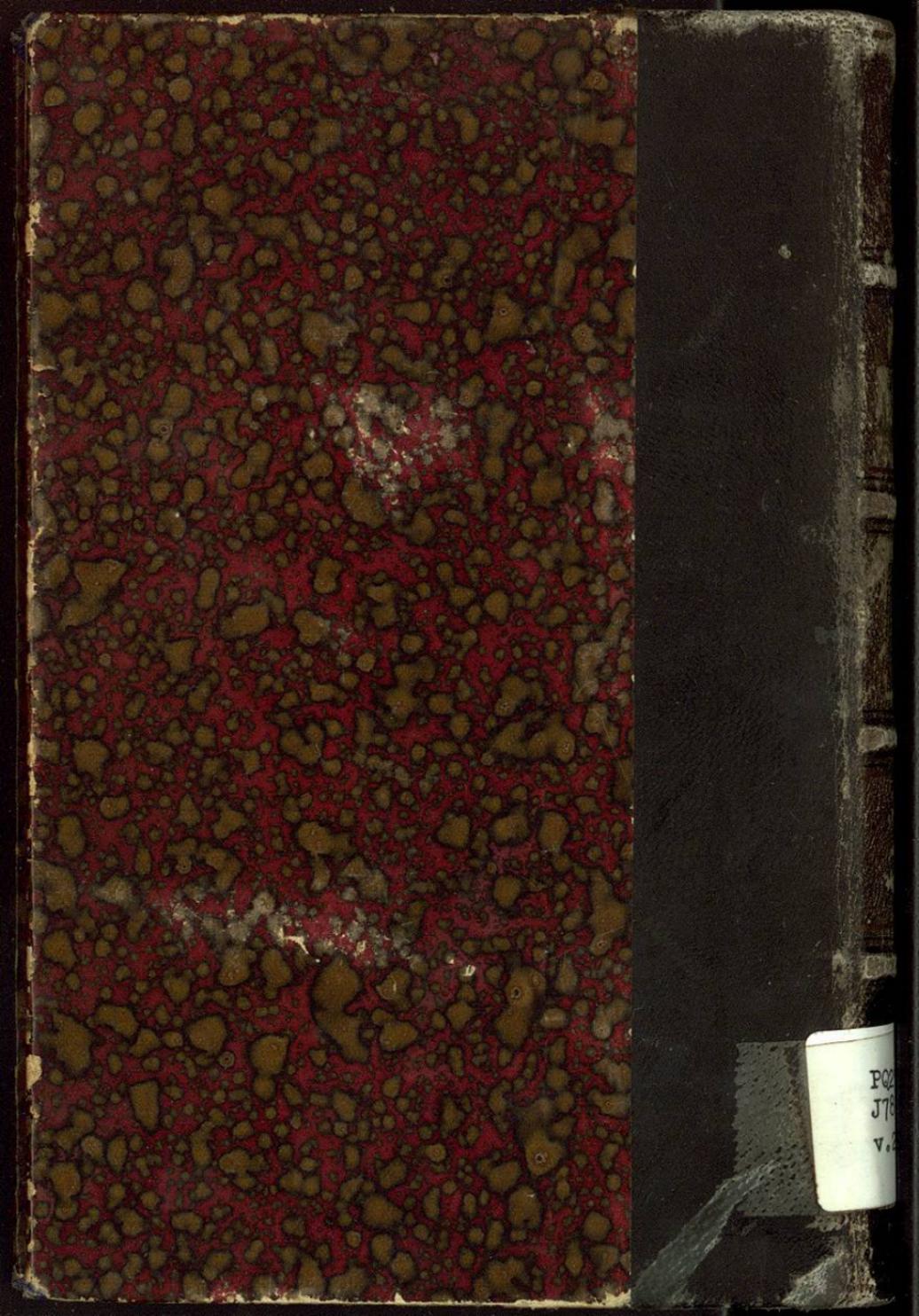
Poco me importa.

Únicamente deseo que el público no me acuse de haber lesionado sus antiguas ideas acerca del

autor de *Teresa Raquin*, y que el hombre tampoco me acuse de falta de discreción, por hablar de particularidades íntimas que, según sus propias palabras «son extrañas á su diario combate de escritor».



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1025 MONTERREY, MEXICO



PC2  
J78  
v.2